

¡QUE LÁSTIMA!

Por *Ana Caldwell*

- ¡ OH, MAMA se me ocurre una gran idea! -exclamó Carmen entrando un día en la casa después de la escuela.

-¿Cuál es, querida? -sonrió la madre mirándola con una sonrisa.

-Quiero llevar a Chico a la escuela -replicó Carmen y se encaminó a la jaula donde su cotorrita estaba meciéndose en la hamaca-. Chico puede hablar tan lindo que deseo que los niños vean lo que es capaz de hacer.

-¡Oh, no, querida! Me parece que eso no sería prudente. Chico podría salirse de la jaula y volarse. Entonces, ¿qué harías?

-¡Oh, mamá! -y Carmen se puso seria-. No se volará. Lo tendré dentro de la jaula y estará completamente seguro.

Dime que sí, mamá.

-Ahora, Carmen, no insistas. Chico no es más que un pajarito. Tú nunca puedes saber lo que un pajarito hará. No, no debes llevar a Chico a la escuela. Ahora tengo que preparar la cena. Por favor, cuídame por un rato a Danielito.

Carmen fue a jugar con su hermanito. Le cantó algunos de los cantos que había aprendido en la escuela. Danielito se rió y batió las manos como lo hacía su hermana. Después de un rato, Danielito decidió ir a jugar con los bloques que tenía en un rincón del patio.

Carmen se sentó en los escalones del porche, y comenzó a pensar. No era justo que su mamá no le permitiera llevar a la escuela su cotorrita. Además, le había prometido a sus compañeritos del grado que la llevaría. Y ahora tendría que faltar a su promesa. ¿Cómo podía ser que la madre fuera tan desconsiderada? Los demás niños no le creerían más lo que ella decía. ¿Qué podría hacer?

Una vocecita le dijo: "Tú sabes que mamá tiene razón. No debieras haber prometido llevar a Chico a la escuela sin antes preguntárselo".

Pero Carmen no deseaba escuchar esa vocecita. Entró en la casa para conversar con Chico.

-Hola -dijo Chico cuando Carmen lo llamó por nombre-. Me llamo Chico. Soy un pajarito lindo.

Cuidadosamente, como su madre le había enseñado, Carmen metió la mano en la jaula, y el pajarito se le subió al dedo. Conversaron juntos por unos momentos y luego, lentamente, ella procuró ponerlo de vuelta en la jaula.

Chico se le subió por el brazo hasta el hombro, y luego voló por la habitación. No quería volver a la jaula.

Carmen se alarmó, pero, afortunadamente, no había ventanas abiertas. Se quedó muy quieta, y finalmente el pájaro voló hacia ella y se le posó en el dedo, y ella lo puso de vuelta en la jaula.

Cuando Carmen se dio vuelta, vio que la madre estaba en la puerta.

-¿Ves? -dijo la mamá-. A Chico no le cuesta nada escaparse.

Carmen sabía que la mamá tenía razón, pero todavía quería llevar el pájaro a la escuela.

A la mañana siguiente la mamá ayudó al papá a alistarse para ir al trabajo, y preparó el desayuno de Carmen. Cuando Carmen estaba terminando de desayunar, Danielito comenzó a llorar en su cuarto.

-Anda a la escuela, querida -dijo la mamá cuando salió para atender a Daniel-. El ómnibus no tardará en llegar. Que tengas un buen día.

Tan pronto como la madre entró en el cuarto de Danielito, Carmen fue a la sala donde estaba la jaula de Chico y la descolgó. La jaula todavía estaba cubierta. Tomó su caja de merienda y se apresuró a salir para tomar el ómnibus que ya se acercaba por la calle.

Era difícil llevar la jaula, pero Miguel también corría para alcanzar el ómnibus y, para ayudarla, él le llevó la caja de la merienda.

-¿Por qué llevas tu pajarito a la escuela? -preguntó Miguel.



-Quiero mostrarlo a los demás chicos -replicó Carmen-. Es un pajarito muy inteligente.

-¿No tienes miedo de que se te escape? -insistió Miguel.

-¡No! -dijo Carmen pero se sintió un poco incómoda por la sugerión-. Ya te dije que es un pajarito muy inteligente.

Finalmente llegaron a la escuela, y Carmen, muy orgullosa, llevó la jaula con su pajarito y la colocó sobre una mesa que estaba cerca del frente del aula. Cuando llegó el momento de compartir lo que habían traído, ella tuvo la oportunidad de mostrar a la clase lo que su pajarito podía hacer. Chico actuó muy bien. Repitió todas las cosas que había aprendido. Carmen estaba orgullosa y se sentía feliz.

-ESe te sube al dedo si se lo acercas? -preguntó alguien.

-¡Oh, sí! Es muy mansito -respondió Carmen, y sin detenerse a pensar, abrió la jaula para que la cotorrita se le subiera al dedo. Pero en un abrir y cerrar de ojos, Chico se le trepó al hombro. Luego se echó a volar por el cuarto. Y antes de que nadie se diera cuenta, salió volando por la ventana que estaba abierta.

-¡Chico, vuelve, Chico! -gritó Carmen y se dirigió apresuradamente hacia la puerta de la habitación. El pajarito voló hasta un árbol alto. Carmen lo llamó y lo llamó, pero él no regresó.

Esa tarde Carmen muy triste y muy seria recorrió en ómnibus lo que le pareció un camino interminable para llegar a su casa. ¡Cuánto deseaba haber obedecido a su madre! Ahora, en lugar de un bonito pájaro, sólo le quedaba una jaula vacía.